



REVISTA SEMANAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

Director propietario: Waldo Alvarez Insua.

PRECIOS DE SUSCRIPCION en billetes.
HABANA \$15-00 \$ 8-00 \$ 4-50 \$ 1-50
interior 15-00 8-00 4-50

REDACCION: MERCED 70.—ADMINISTRACION: OBISPO 53.
APARTADO NUM. 43.

PRECIOS DE SUSCRIPCION en oro.
Pto. Rico y Peninsula \$10-00 \$ 5-50 \$ 1-50
Extranjero 12-00 6-00 2-00

SUMARIO.

Galicia en la historia, por W. A. Insua.—Cuadro de costumbres gallegas, Ana Maria, por Manuel Murguia.—Corros Enriquez y los Sres. Insua y Fernan, continuacion, por Juan Manuel Espada.—Los gallegos pintados por el mismo, el cohetero, por Jesus Muruais.—Venturista, por José Ortega Munilla.—Galicia pintoresca, Cortegada del Raviño, por Veremundo Alvarez.—Noticias de Galicia.—A la hermosa niña Rosario Caneda, poesia, por M. Curros Enriquez.—*a poesia, por Marcial Valladares.—Variedades.

GALICIA EN LA HISTORIA.

I.

La Península ibérica es pródiga en acontecimientos maravillosos y heroicos. Ninguno de los pueblos de Europa los cuenta mayores ni más trascendentales. En Numancia y en Sagunto enseña á los hombres á morir por la independencia del hogar y del nativo suelo, haciendo que lo que reviste la forma de una hecatombe espantosa, sea uno de los actos más sublimes y patéticos que puede realizar la humanidad, al cual no llegan ninguno de los consumados por los estoicos de la degradada Roma y solo pueden compararse los que llevaron á término los mártires del cristianismo, arrojando la muerte en los circos de fieras, por amor á la religion predicada en el Gólgota. En Clavijo derrota á la morisma triunfante, librando á la entonces desolada y abatida Europa de la dominacion africana, que aparecía arrolladora y envolvente por el estrecho de Gibraltar, ansiosa de dominacion y de fáciles riquezas; y en Roncesvalles pone coto á las atrevidas pretensiones de Carlo-Magno, de aquel inteligente maestro de Aquisgran, que pretendía extender su imperio más allá de los Pirineos, á las hermosas y abruptas tierras del territorio euskaro.

Como si todo esto fuese poco; como si á la tristeza de Guadalete no bastasen las alegrías de Covadonga, de las Navas y del Salado, atrevase con Granada, último baluarte del islamismo español, de aquella raza caballeresca y digna de Abencerrages, Zegríes y Gomeles y los nobles reyes D. Fernando y D. Isabel, colocan sobre las altas torres del Generalife y de la Alambra el estandarte católico, allí donde por espacio de ocho siglos había brillado esplendorosamente la media luna.

Francia luchando con sus barones feudales; envuelta en las pequeñas rivalidades de localidad unas veces y otras en las atrevidas empresas de las Cruzadas, de que ha dejado triste recuerdo el celo religioso y caballeresco del buen Rey Luis, que luego llevó á su santo seno la iglesia católica, no puede compararse nunca con la España, que desde los Fenicios hasta comienzos del presente siglo, ha demostrado de cuanto son capaces sus hijos cuando en son de imposición se pisan sus fértiles tierras.

Ojalá que los españoles fuéramos menos levantisos y atrevidos, y más prudentes y recelosos y si en los anales de nuestra historia no se registraban hechos como Pavia, San Quintín y Lepanto, encontraríamos otro género de victorias más útiles y convenientes á la prosperidad de los pueblos, como son todas aquellas victorias que en el campo de la especulación proporcionan la agricultura inteligentemente desarrollada y comprendida, la industria protegida por los gobiernos y mirada con amor por los gobernados y las artes y las ciencias tan necesarias para el recreo y solaz del espíritu y para la vida cómoda y regalada del cuerpo.

Pero en un pueblo que ha compartido con sus quehaceres naturales la guerra, llegando á mirarla como una lucrativa y noble profesion; en un pueblo más amante del estruendoso redoble del tambor y del agudo sonido del clarín, que de la zampoña pastoril que podía entonar los himnos campestres, dando tono y lucimiento á la vida bucólica; en un pueblo en fin, en donde los grandes guerreros como Rodrigo Diaz de Vivar, tenían tal dominio sobre sus enemigos que los vencían despues de muertos, cadáveres sobre las sillas de sus caballos, no es posible pedir esa reflexion calculadora y positivista que hizo de Inglaterra ayer oscuro y miserable islote perdido en el Norte de Europa, el estado más rico y floreciente de nuestra época.

España, enérgica y valiente, aficionada á las empresas difíciles y arriesgadas, cuando ya nada tiene que hacer dentro de sus fronteras, equipa tres naves y manda á sus hijos que escudriñen el Océano inmenso y amedrentador y que de su seno arranquen un mundo para

civilizarlo y engrandecerlo. Y no sale frustrado su intento. Colon, italiano de nacimiento aunque español por sus gustos, por sus costumbres, por los lazos de familia y por la gratitud, boga y boga sin cansarse ni detenerse ante el enfurecimiento de las olas y la ira más feroz todavía de los suyos que creen marchar á una muerte evidente, y no desmaya hasta tanto que sus plantas no pisan la bella tierra del Nuevo Mundo y la enseña de Castilla no ondea acariciada por las refrigerantes brisas de los mares americanos.

Ciertamente que á no ser uno español, le entrarían grandes deseos de serlo, al hogear no más, las páginas siempre interesantes y conmovedoras de nuestra historia. Hay una epopeya en cada una; y si la Grecia tuvo sus días faustos y las huestes de Temístocles y los discípulos de Sócrates llenaron el mundo con sus triunfos en las armas y en la filosofía, España también los ha contado multiplicados y el gallego Viriato, el godo Pelayo y los celebres Prisciliano y Raimundo Lulio abonan nuestros asertos.

Pero ¿de esa gloria inmaculada y pura que cubre á España, dándole por ello uno de los preferentes lugares entre los pueblos todos de la tierra, corresponde alguna parte á Galicia?

Positivamente que sí, y no creemos que haya nadie que se atreva á disputarnos, que la celtica Suevia, la *Verde Erin* española es una de las regiones de historia más levantada y brillante, cuyos hijos han alcanzado no solo justo é imperecedero renombre, sino que han contribuido á sostener la independencia de la patria comun.

Desde que sus reyes suevos, más que por carencia de fuerzas y valor para resistir, por realizar un acto de federacion, se declararon vencidos en 585 por el godo Leovigildo, vióse siempre á Galicia marchar al frente de todas las demás porciones del territorio, contribuyendo con sus fuerzas á todos los éxitos por la Monarquía goda llevados á buen término.

En la sucesion de los tiempos siguió apoyando la vida y civilizacion verdaderamente españolas, y si es verdad que por un instante el reinado de D. Garcia I vino á darle una independencia ficticia y precaria, la ambicion de Sancho de Castilla, de aquel más buen rey que

excelente hermano, muerto traidoramente ante los muros de Zamora, hizo recordar sus viejos compromisos, tornando á una unidad que fué su empobrecimiento y decadencia, decadencia y empobrecimiento que tomaron mayores proporciones después del generoso cuanto audaz atrevimiento de Pardo de Cela, mártir de su amor á Galicia y una de sus figuras más bellas y heroicas.

Creemos, que ahora que las asambleas pacifistas, como la que ha tenido lugar últimamente en Zaragoza, piden nada menos que el sufragio electoral para los niños, los derechos políticos para las mujeres y la declaración del dialecto catalán como lengua nacional (el autor de este despropósito debe ser Suñer y Capdevila ó algún amigo suyo), no será por demás que nosotros los gallegos que no reclamamos ninguna gollería, sino aquello que nos es más necesario y conveniente, como son ferrocarriles que nos pongan en pronta y rápida comunicación con la Côte, fábricas que utilicen el trabajo de nuestros campesinos que por falta de ellas se ven en la premiosa necesidad de venir á buscar á la América un porvenir completamente ilusorio y protección al agricultor agobiado por las cargas municipales y del Estado, del cual le hacen totalmente esclavo, expongamos á la pública consideración algunos rasgos salientes de nuestra historia provincial, para que no se vean como destituidas de razón nuestras quejas y los que aún piensan como el piadoso cronista Ambrosio de Morales, que dijo entre otras muchas cosas malas de Galicia, *«que los de esta tierra son comunmente de poco entendimiento»*, reformen una opinión que por lo vieja, gastada y desmentida es ya esencialmente ridícula y dá muestras en quienes la sustentan de adolecer de los propios defectos que se nos atribuyen.

Vamos, pues, en algunos artículos, á dar una idea de Galicia en la historia, que bien puede tolerarse este desahogo provincial á un pueblo que no solicita autonomías ni aspira á funestas desmembraciones.

W. A. INSUA.

CUADRO DE COSTUMBRES GALLEGAS.

ANA MARIA.

*Oh non! amouseuse!
Elles sont an tombeau.
(G. Nerval.)*

I.

Quando uno volve la vista á su pasado ¡qué mundo de recuerdos no levanta en nuestra alma un sólo nombre!

Parece que pasó hace un siglo y aún fué ayer, cuando en medio de las profundas soledades de nuestras aldeas, á orillas de un río cuyo nombre ignoro, tuvieron lugar las sencillas escenas que voy á relatarle. ¡Ay! por sencillas y puras son más dolorosas: que no puede ya el alma gozar aquellas inefables delicias, patrimonio de la loca juventud. ¡Oh, Ana María! oh, dulce criatura, jamás se borrará de mi memoria tu recuerdo!

Aún fué ayer..... y sin embargo ¡cuánta mudanza! He vuelto más tarde á recorrer aquel camino, he vuelto á pasar bajo el arco de la misma puente; en algunas jovencitas he creído reconocer las juveniles facciones de sus madres; el río pasaba por entre aquellos árboles queridos, todo estaba igual, pero en aquel paisaje faltabas tú, y..... faltaba yo también, ¿por qué no decirlo? Mi corazón está hoy frío y helado, mejor dicho, indiferente como toda vez prematura, y no era yo el que se hacia conducir en la sencilla dorna para que el corazón latiese á impulsos de purísimos y amados recuerdos. ¡Oh, juventud! oh, días de sol! oh, vida de alegría! nada hay como tus días, nada; la gloria, los triunfos, el mismo amor ¿es otra cosa después que una vana sombra?

Yo puedo asegurártelo, mi querido amigo, estas amargas reflexiones me asaltan siempre

que intento que mi corazón dé señales de vida, porque el traidor ya sólo es sensible al sufrimiento, pues la alegría me ha vuelto la espalda y ya he olvidado las facciones de su rostro. Sin embargo, aún tengo algunos momentos de una dulce tristeza,—único goce que nos es permitido á los que no somos jóvenes,—y estos son aquellos en que levantando en mi alma ciertos recuerdos, en ella vivos todavía, vuelvo á gozar algo de aquel pasado, que como un sol de invierno, calienta débilmente nuestro descarnado y monótono presente.

Héme aquí que cojo la pluma para escribirte, y que—como tu curiosidad haya levantado en mi alma recuerdos de un tiempo para los dos ¡ay! tan llenos de felicidad y de locas ilusiones—no acierto á contarte el sencillo y hermoso episodio que tuvo lugar durante la visita que hice á tu familia en aquel verano, que tanto recordamos, el último en que puedo decir que he gozado plenamente de los derechos de la juventud.

Tú lo sabes como yo: era una suave y templada tarde del mes de Setiembre, cuando el carruaje en que caminábamos, empezó á descender por una pequeña cuesta al pie de la cual se hallaba la antigua y pintoresca villa de Rivadavia. Era la primera vez que recorría aquel camino, y puedo decirte que dejó una grata impresión en mi ánimo la vista de la villa, el antiguo castillo de sus condes, los poderosos adelantos de Galicia, mientras el gótico Santo Domingo se levantaba—orgulloso con sus recuerdos—á la izquierda del camino que seguíamos. El cielo estaba sereno, el aire era puro, y el sol que empezaba á descender hacía su ocaso, teñía el horizonte con unas tintas, que reflejándose sobre la villa y las colinas que la rodean, le daban un aspecto maravilloso. Poco tiempo tuvimos para contemplar este cuadro, el carruaje siguió su camino, pasamos sobre el puente, y entrando de nuevo en la carretera, gozamos durante la media hora que duró aún nuestro viaje, emociones que sólo pueden sentir el viajero en las rientes cercanías de Nápoles. Aún me parece ver las hermosas vendimiadoras que con sus grandes cestos en la cabeza, bajaban en cuadrillas, cantando y riendo como solo lo hace la juventud y la felicidad, esas dos hermanas gemelas, que casi siempre van juntas, y aún me creo percibir el grato olor que dá la viña cuando se la despoja de sus racimos.

Los tibios airecillos venían cargados de olores, el río murmuraba suavemente, la tarde era serena y convidaba á las gratas emociones, y hasta las tintas del ocaso, consonaban admirablemente y prestaban á la naturaleza un nuevo encanto.

Recuerdo que cuando apeándonos del carruaje dejando á un lado la carretera nos internamos por el sendero que conducía á tu casa, hallamos á los pocos pasos á sus hermanas, quienes seguidas de tu padre, se acercaban llenas de alegría á esperarnos. Amigo Leon, no cometerás la injusticia de decir que sus hermanas eran unas *señoritas de aldea* como las que tengo descrito, hoy que han pasado algunos años y que todas ellas ven correr á su lado los pequeños frutos de una unión bendecida, te diré que me sorprendieron no sólo por su belleza—ya sabes que la de Laura era extremada—sino también por su candor, por su infantil confianza, por su gracia, por una elegancia natural que les sentaba á las mil maravillas, y por sus risas y trato familiar tan gratos á los que estamos cansados y aburridos de la ceremoniosa etiqueta de las ciudades de provincia. ¡Qué no daríamos hoy porque el tiempo que pasó no fuese pasado, y pudiésemos volver á recorrer aquel encantador sendero y se repitiesen nuestras locas conversaciones y risas estrepitosas!

II.

No quiero seguir hablando de estas cosas; traen á la memoria recuerdos que debemos di-

sipar, y por lo mismo, sólo te diré que al día siguiente cuando el sol que nacía llamó, dígame así, con sus rayos á mi ventana, me apresuré á gozar del espectáculo más bello que se ha presentado á mi vista. Eres un mortal afortunado, Leon, tu puedes contemplar cada mañana tan admirable paisaje.....pero me olvidaba que á ti te agradan más las azuladas y tristes montañas que rodean mi ciudad, que esas poéticas riveras á que dá más hermosura el cielo diáfano y rosado que las cubre. ¡Hombre mudable y sin corazón!

Pocos países he visto parecidos á esta Galicia tan hermosa como digna de mejor suerte: los celebrados alrededores de Florencia, las riberas de la Arno, las playas de Nápoles, la higuera de anchas hojas y la viña que dá el fruto dorado, aquí podemos hallarlo todo, así como no nos faltan tampoco cumbres azuladas como las de los Apeninos, rios sombríos que ruedan entre peñascos, y prados de un verde que pudiera envidiar Inglaterra. ¡Ojalá que esta raza humilde y desdichada, pueda algún día mejorar de suerte y ser un pueblo digno por sus costumbres de la envidia que dá á todo viajero su admirable campiña!

Esta raza medio germánica guarda en su rostro y en sus costumbres algo de los pasados tiempos y de las olvidadas generaciones, sucediéndose hallar en puntos lejanos de los pequeños centros de población con ciertos usos dignos de los patriarcales. Yo no sé que perfume de inocencia y pureza hallé en ellas que me son queridas y lo recuerdo con amoroso empeño; y tú Leon, tú mismo ignoras, que á dos pasos de tu casa tuve ocasión de observar una costumbre, general en los tiempos primitivos, que me agradó sobre manera y fué principio de unos amores tan castos é inocentes como breves é ignorados. Aún me parece oír á tus hermanas que en son de burla cuando me veían coger la escopeta y seguir alegremente la orilla del río, si una hada de rubios cabellos me esperaba.....ó si alguna de mis *buenas aldeanas* amaba al fidalgo. Yo les contestaba que esto último era lo cierto.....y se reían como locas, no creyendo semejante excentricidad..... y las engañaba con la verdad.

Pero hé aquí como pasó todo:

Una mañana cogí la escopeta y seguí maquinalmente todo lo largo del río. Sorprendíome aquel silencio y hermosura y la soledad que reinaba en torno mío, pudiendo decir que caminaba como embebido en mis pensamientos, al rumor de las ondas que se estrellaban suavemente contra la orilla y bajo la sombra de gigantescos álamos y castaños seculares. ¡Qué se yo los pensamientos que se levantaron en mi alma! ¿puedes tu acaso expresar las emociones que sentías cuando en medio de tus tristezas oyes una música rara y desconocida? Esto fué lo que yo sentí entonces; y caminé..... caminé..... y el río se ensanchaba cada vez más, y cada vez el silencio era más profundo y los pájaros asustados saltaban de una á otra rama, y los venticillos pasaban moviendo apenas las hojas de las viñas, y los insectos zumbaban sobre la corriente. ¿No te parece que esto era bastante para que el cazador inofensivo siguiese y siguiese, puesto que el sol se levantaba magestuoso, daba con su ardiente rayo más vivo color y animación á la campiña? No necesitaba yo tanto para entregarme por completo á mis vagabundos instintos. La naturaleza me abrigaba, y siempre que me encuentro sólo en medio de ella, me siento más dueño de mi mismo, y comprendo como Chateaubriand saltó de alegría de verse libre en medio de los vírgenes bosques del Nuevo mundo. Cuanto más grande es la soledad que me rodea, mayor es mi goce; y se me ocurre que todos los jefes de familia, que abandonando las ciudades se refugiaron en el campo y emprendieron la vida de labradores eran corazones sencillos y justos, que se hallaban mal entre el tumulto de los hombres.

Mas de dos horas caminé absorto y como si me moviese por un resorte, mi imaginación ha-

bía recogido sus alas y, francamente lo diré, creo que en aquellos momentos, mi ser material era el único que gozaba y vivía, pareciéndome á mi mismo que era como el potro que deja la cuadra en donde estuvo largo tiempo encerrado y que lo echan al pasto en una hermosa mañana, cuando el heno conserva todavía su fresco olor y el viento viene cargado de todo el perfume de las flores. Andando pues, así, y como al acaso, llegué á aquel lugar salvaje y magestuoso, que me habías descrito tantas veces, á aquel lugar donde se hallan y se mezclan para caminar después juntos, dos rios caudalosos, y puedo decirte que pocas veces esperímenté una emoción más grande y más severa. He visitado aquel hermoso sitio, en que el Ulla se mezcla al Sar, y ambos se arrojan en las suaves ondas de la ría, he visto rizarse su superficie como si fuese la del viejo océano, y cruzar á toda vela las pesadas lanchas, pero no era el mismo espectáculo el que contemplaba entonces. Multitud de álamos gigantes crecían en las cuatro orillas, y en medio de las aguas, se levantaban pequeñas isletas, cuyo verde musgo reflejaban al rayo del sol como en un espejo los otros dos ó tres álamos solitarios que habían crecido sobre aquella tierra que en día de tempestad habían traído hasta allí las corrientes.

Nada más bello; nada más solitario y pintoresco.

Grandes pájaros acuáticos nadaban como los cisnes de nuestros estanques; el mirlo silbaba su canción en la soledad del bosque que crecía orillas del mismo río; el ruido de un molino se dejaba oír distante y las dos corrientes se unían con un unísono rumor que dominaba todos los demás.

Jamás, lo confieso, esperímenté más grande y más pura emoción. Sentéme á la orilla y me creí por un momento trasportado á una isla desierta; vi pasar las aguas cristalinas, semejantes en su uniformidad á los días de nuestra niñez, y las ramas caídas flotar sobre las aguas apresuradas su marcha, ser envueltas por el remolino y volver á marchar rápidas como una flecha, con alas después unidas, corrientes impetuosas.

Manuel Murguía.

(Continuará.)

CURROS ENRIQUEZ Y LOS SEÑORES INSUA Y FORNARIS.

II.

Dimos en el artículo anterior algunos pormenores acerca de las circunstancias externas, en medio de las que apareció el libro de Curros Enríquez. Permítasenos ahora que digamos algo de la personalidad íntima del poeta en las diversas fases de su corta, cuanto accidentada existencia. Así tendremos en cuenta los dos elementos productores de toda obra literaria: el elemento externo, que es al espíritu lo que la atmósfera respirable á los pulmones; el elemento interno ó sea nuestro propio espíritu, verdaderos pulmones de un orden inmaterial, que reciben y modifican la atmósfera moral é intelectual en que vivimos. Tan necesarios son el uno como el otro. Sin aire que respirar la muerte es segura. Sin pulmones que lo recojan y preparen, la vida es imposible.

Se ha dicho y el negarlo sería absurdo, que el hombre es hijo de la atmósfera física, moral é intelectual que le circunda. Pero esta proposición es demasiado absoluta; el individualismo pide la intervención que de derecho le corresponde. ¿No vemos continuamente que siendo iguales las impresiones externas el producto que resulta del contacto, del choque del macrocosmos con el microcosmos ó sea del mundo exterior con el interno varía al infinito? Si ponemos al paso de la luz blanca un prisma, aparecen de improviso variadísimos colores, sin que la luz cambie de naturaleza.

Pues nuestra alma viene á ser á los rayos de la verdad un espejo de reflexión, un prisma de refracción, y según su estado así refleja ó refracta el rayo que la hiera. Esta sola consideración debía hacernos tolerantísimos á los unos con los otros.

Cuatro hombres oyen el tañido de una campana. Para el uno es la señal de una cita amorosa; para el otro la de concurrir á un duelo ó á una batalla; para éste es el aviso de que van á enterrar á un ser querido; el de más allá sabe que será la última campanada que oirá en su vida. Ahora bien: siendo idéntica la impresión, las series de ideas que despertará en cada uno de estos hombres y el modo de expresarlas serán perfectamente opuestos. Por igual manera y en parecida forma el presente y el pasado de nuestro pueblo gallego se ha ofrecido á nosotros y á los que nos han precedido en estos últimos setenta años con parecidos caracteres. ¿Cuál ha sido el resultado? Los unos se han sentado al lado del doliente y le han dicho: *«le acompañamos á usted en el sentimiento»*, han llorado con él y de la invocación á la musa del dolor han salido esas melancólicas endechas, esas tristes elegías, buenas para las almas tiernas y dadas al sufrimiento; pero insoportables para los caracteres enérgicos, para las almas bien templadas que no son profetas de lamentaciones, sino valerosos caudillos dispuestos á morir en la brecha y á tomar por la fuerza lo que la injusticia y la opresión les niega. Uno de esos caracteres es precisamente el de Manuel Curros Enríquez.

Veamos como llegó á forjarse y nuestra admiración subirá de punto. Tales han sido las pruebas porque ha pasado, tantos los elementos conjurados para producir el desaliento y rendirse al peso de la fatiga y prestar el cuello á la cadena, que al ver como se levanta esta alma, rudamente combatida por los vientos del infortunio, nos sentimos forzados á creer que nada hay imposible para una voluntad enérgica, y que ciertos caracteres son como las piedras preciosas, las cuales, cubiertas por el lodo se oscurecen; pero un chorro de agua que las separe de la ganga, basta á descubrir sus cualidades, su brillo y magníficos reflejos.

Esto es lo que ha sucedido con el autor de *«Aires d'a miña terra»*. Nació Curros Enríquez en Villanueva de las Infantes, pequeña y vetustísima villa de la provincia de Orense, á un cuarto de legua de Celanova, capital de partido, villa algo mayor que debe su existencia y desarrollo al espléndido y magestuoso monasterio de Benedictinos, fundado por San Rosendo. Fué, sin duda alguna este monasterio una de las casas más prósperas de la orden, pues aún hoy, que se encuentra en buena parte desmantelado, sirve de colegio á los Padres Escolapios, y dá local para el Casino y Ayuntamiento de la villa y aún sobra terreno.

Siendo aún muy niño el poeta, se trasladó su familia á Celanova, y durante once años ocupó una casa, desde la cual se veía á todas el soberbio edificio y se oía de continuo el incesante repicar de sus campanas. La inmensa diferencia, que bajo todos aspectos separa la casa benedictina de las que la rodean, debió ser una de las primeras y más profundas impresiones del predilecto de las musas. La casa que ocupó en su infancia es todo, menos bella, y sin embargo, alguna vez hemos oído con gusto como la embellece la imaginación del poeta. De sus lábios y en sus palabras salía traeformada, como sale de su nido el pichón feo é implume, cuando los progresos del desarrollo lo convierten en blanquísima paloma ó le dan abundantes plumas pintadas de los más bellos colores.

No miraría nuestro autor seguramente con ojos tan cariñosos la casa de los frailes, y á no dudarlo, la encontraba repulsiva y asquerosa, y acaso el *«lombo deforme d'o vello monteiro»*, no hace más que repercutir sus impresiones locales.

¿Qué motivaba estas simpatías y antipatías? Hélo aquí: El monasterio de benedictinos fué para Celanova lo que es para un pájaro una campana de oxígeno. Cuando se introduce en ella se alegra, salta, manifiesta por el canto su alegría; parece que se le ha infundido nueva vida. Pero al poco rato se intoxica, decae y la muerte sobreviene. Pues de igual modo al abrigo del naciente monasterio se formó un pueblo sobre el que á través de las edades iba cayendo con insoportable pesadumbre la influencia monacal. Las casas del frente del convento no podían alzarse sino hasta determinada altura y cuidado que media entre uno y otros una plaza bastante extensa, y los monjes, aunque estas fuesen altas, tenían luz, calor y espacio para recrear su vista; pero era necesario que el convento levantase la cabeza sobre los demás edificios, como dicen que lo hacían por su estatura Saul sobre todos los hebreos de su tiempo. Los prelados rústicos pagaban casi sin excepción un canon más alto ó más bajo á los benedictinos. Y otro tanto ocurría con las fincas urbanas. La misma casa que ocupaba la familia de Manuel Curros Enríquez, contribuía con otras varias fincas á los monjes con treinta y dos medio ferrados de centeno anuales, unas cuantas gallinas cebadas y un cerdo, si mal no nos recordamos. La cosa no estaba mal entendida. Hoy está redimida la referida pensión. Pero de cualquier modo en la buena villa de San Rosendo no había sino ser fraile ó cosa de fraile; de lo contrario, la vida era punto menos que imposible. (Que ellos eran á manera de giganteses araña-león, siempre en su puesto que arrastraba á su fosa cuanto insecto pasase al alcance de su lluvia de arena y polvo!)

Si Curros Enríquez no alcanzó estos afortunados tiempos, oyó, sin embargo, todas estas peregrinas tradiciones, y otras mil de más subido color, de boca de los individuos de la generación, que le había precedido, la cual había experimentado por sí misma cuán dulce, cuán llevadera y suave es la dominación monacal. En su consecuencia, su espíritu altivo, ávido de la independencia y de la rectitud, con hambre y sed de justicia, se vio precisado á protestar contra las iniquidades frailesas, sin duda alguna aumentadas por las lenguas de la fama, que, libres ya de trabas y de temores se desataban contra sus antiguos y seculares tiranos.

No ménos mal tratados que los frailes son por Curros los *Señores*. La opresión feudal debió de ser en Orense ominosa en alto grado. Como en las capas terrestres quedan las osamentas de los animales, que poblaron el globo en remotísimas épocas, y por ellas venimos á reconocer la organización, la fuerza y los instintos de esos seres, y concluimos que algunos debieron ser terribles, del mismo modo aquí y allá en la superficie de la provincia de Orense se ven los fósiles de la antigua nobleza; ya el castillo da Pena, ya los de Varonzas, de Sandias, de Monterrey, etc., etc. Todos ellos están comunmente colocados en posiciones estratégicas y sus mismas ruinas parecen atestiguar que no eran mansion de paz, sino casa de guerra, desde donde y á su abrigo se ejercía un dominio incondicional y despótico sobre los habitantes de los cercanías.

Bajo una ó otra forma la tierra les rendía tributo. Y es hoy el día, es que á pesar de la desamortización, hay muy pocas aldeas en la provincia, si alguna existe, donde el labrador no sienta sobre sí la pesada mano del señorío. Y hay finca que no dá lo que el dominio directo percibe. Esto y otras muchas cosas más fomentan el malestar y la pobreza de nuestros comprovincianos.

Por donde quiera que volvía la vista observaba el autor de *«Aires d'amiña terra»* grandes injusticias: la fuerza imperando sobre el derecho, la holganza sobre el trabajo. Sólo si en su hogar se respirase una atmósfera más tranquila, pudiera haber encontrado compen-

sacion. Pero no era así seguramente. Su padre, hijo de Santiago, cree, como creían muchos antiguos, que la *letra con sangre entra* y que la educación de los hijos debe hacerse *ad terrorem*. Con tan prolija minuciosidad y acaso con tan buen deseo aplicó el sistema que la infancia de Manuel Curros Enriquez se pasó entre torturas indecibles físicas y morales, que apenas son para contadas. La tiranía, la opresión, la injusticia afuera; la dureza, la violencia, el rigor sistemático, aplicado con la fé de un creyente dentro. ¡Tales eran los tristes horizontes que se desplegaban ante los ojos de nuestro infortunado cantor!

Llegado á la adolescencia, sin un sólo árbol, á cuya sombra amiga pudiera cobijarse, sin una fuente donde apagar la ardiente sed que le devoraba, loco y desalentado abandonó el poltro, dejó su país y el doméstico hogar, creyendo quizá que no todos los hombres son fieras, que no todas las instituciones son máquinas de pensar el espíritu y el cuerpo, haciendo que los pocos, los privilegiados extraigan el jugo, dejando el bagazo á los desamparados. Hacia estos sus compañeros de infortunio conservó un amor ardiente, como nos lo prueba en cada página de su libro. También hacia su madre revela un culto apasionadísimo en la tierna, bella y desgarradora composición que la dedica.

Con variada suerte pasó algunos años en Coruña y otros pocos en Madrid. Si la fortuna tuvo la humorada de sonreírle, fué sólo en fugacísimos momentos. Es mujer, y como tal, cambiable, y además poco dada á conceder sus favores, como con ésta sucede, á las almas templadas, cual lo está la del poeta orensano.

Pasados algunos años y olvidando quizá las amarguras anteriores, volvió á Orense. Debieron sin duda reavivarse antiguos dolores; pero estos no caían ya sobre el alma del niño, sino sobre la del hombre formado, que si quiera no pueda por el momento remediar los males que observa, le es dado en cambio consolar y animar á los que los sufren; hefar y esmerarse á los que los ocasionan. Esto hizo Curros Enriquez en su inimitable libro, que analizaremos en el próximo artículo paralelamente al señor Alvarez Insua, señalando con entera libertad y poniendo á un lado los lazos de cariñosa simpatía que nos unen, los puntos en donde nuestro amigo no ha interpretado á nuestro juicio con exactitud, el sentido de los *"Aires d'a miña terra."*

Juan Manuel Espada.

(Continuara).

LOS GALLEGOS PINTADOS POR SI MISMOS.

El Cohetero.

I.

Sí, el cohetero, que no ha querido abandonar un solo momento su gloriosísima tradición para lanzarse en los nuevos senderos abiertos por la Química moderna; el cohetero que desdeña todas las innovaciones, sin odiarlas, á excepción de la *dinamita* que aborrece cordialmente; el cohetero que conserva incólume la enseñanza y el nombre recibido de sus abuelos y que se cree insultado cuando alguno le llama *artista pirotécnico*!

Orgullosa mortal, que nada concibe superior en estruendo y majestad á una *bomba de palenque* de las grandes, ni nada más divertido ni trascendentalmente cómico, que un cohete á la *rastrera*; que se encoje de hombros ante la fraseología pirotécnica de los programas de festejos en los que aparecen *lluvias de Danae*, *suspiros incandescentes*, etc., etc., y que se indigna de haber visto una portada *crego-latina* en que ni había clérigo ni tampoco latín!

II.

Circunscrita la figura de nuestro cuadro, pasemos á bosquejarla.

Entremos en su morada, previo el correspondiente permiso que no nos rehusará, por-

que es de condición amable y hospitalaria. Solo en un caso desmiente la afirmación que acabamos de hacer. Cuando los chiquillos, sus enemigos más temidos y más implacables, se agupan en el dintel de su puerta, para sorprender el secreto de sus manipulaciones, llevándose de paso como muestra algún ejemplar de las *culebrinas* ó *traques* confeccionados por sus manos.

Entonces, no se crea que el cohetero abandona su tarea para perseguir y castigar á los muchachos, limitase á dirigirles una mirada fulminante, mientras que con ademán imperativo les apostrofa con la palabra del Génesis: —*¡Luz!*

Frase que á pesar de su excesivo laconismo produce siempre el efecto deseado, dispersando á la traviesa turba.

La mansion del cohetero no suele ser un palacio, ni mucho menos. Redúcese á un solo piso, sin que haya casi nunca separación entre la habitación destinada á vivienda y el laboratorio del artífice.

Allí sentado en un humilde banquillo de madera, prepara con el auxilio de su mujer y de los chicos, las piezas de fuego que han de ser el mejor ornato y principal acontecimiento de la romería próxima. Con cierta negligencia combina los colores y las luces de las *bombas*, de los *voladores* y de los *palenques*; pero, en cambio, pone sus cinco sentidos en el aderezo y perfeccionamiento de la capital de sus obras, la *madama*.

En la construcción de este maniquí, indispensable en toda fiesta campestre, se nos revela totalmente el carácter y las opiniones filosóficas, morales y políticas del cohetero.

Tres son las *madamas* más comunes en el oficio: el *amolador* el *guardia civil*, y lo que podemos llamar la *madama* propiamente dicho.

En la primera, simboliza nuestro artista su patriotismo y su desprecio á los *franchutes*, encargados desde tiempo inmemorial de sacar filo á las navajas y cuchillos de los españoles; en la segunda su poco respeto á la ley y á sus representantes, cualidad que comparte con 18 millones y pico de compatriotas; en la tercera, manifiesta una gran dosis de ironía hacia el bello sexo, á la par que declara no haber visto con buenos ojos la introducción del *mirín* que en los trajes femeninos.

Porque el *mirín* que es, no un accesorio de la *madama*, sino la *madama* misma. Aun hoy, no se ha aventurado el cohetero á sustituir con el moderno *polison* el anticuado y ya desconocido herederio del *guarda-infante* y la *pollera*. Y así como en esto, es en todo poco fecunda y rival la imaginación del cohetero.

Para probarlo; basta recordar que de la inagotable mina de nuestras discordias políticas, no ha sacado otra cosa el cohetero, que el eterno é invariable grupo de *el liberal y el carlista á las pelear*!

III.

Sigámosle al teatro de sus más altos hechos, al punto en que despliega sus grandes dotes y se muestra como una individualidad característica y poderosa, acompañemosle á la romería.

Sobre una eminencia que domina el campo de la fiesta, se vé á nuestro cohetero, lanzando al aire con metódica regularidad, sendas docenas de variados y magníficos voladores.

Nada le turba en el ejercicio de sus funciones, ni siquiera el percibir á lo lejos, ocultos entre los árboles, á su novia acompañada del más odioso de sus rivales. Fácil le sería vaciar aquellos ojos que tan elocuentemente se clavan en los de su amada; sobremana sencillez estropear el brazo en que con tanta languidez se apoya la ingrata dueña de sus pensamientos, nada le costaría chamuscar aquel sombrero tan insolentemente ladeado hacia la oreja izquierda.....

Pero el cohetero no siente siquiera tentaciones de ejecutar nada de esto..... Dispone

del rayo Júpiter, pero es infinitamente más magnánimo que el padre de los Dioses.

Ha llegado la hora de poner fuego al *ramo* más ó menos colosal que se ostenta en el centro de la plaza. Un punto brillante y un ligero ruido anuncian al espectador que la mano del cohetero ha acercado la mecha: instantáneamente aquel punto luminoso recorre en zigzag toda la extensión del ramo, y se convierte en un río de luz, cuyas olas cambian á cada momento de color: el ruido crece, crece hasta atronar el valle: las sorpresas se suceden sin reposo, el entusiasmo público aumenta y se convierte en delirio cuando el sol de remate se ostenta en la cúpula como un ojo de ciclope inflamado por la rábia.....

Entonces, el *Deus ex machina*, oculto hasta entonces aparece entre la muchedumbre: el cohetero recibe modestamente la ovación tributada á su génio.

Pero ¡ay! que no siempre las cosas pasan de esta manera. Hay ocasiones en que todos los esfuerzos del autor del ramo para incendiarse, son desgraciadamente inútiles. Malogradas gran número de tentativas, el pueblo comienza á murmurar, primero en voz baja, que va subiendo de tono como el coro de la calumnia del *Barbero*, hasta llegar al más alto punto posible de sonoridad. Sin embargo, en aquel momento supremo todos oyeron una voz que acusa una desesperación sin límites, una voz desgarradora que todo lo domina gritando: —*¡Arreou!*

Es la voz del cohetero que *escapa echando chispas*.

IV.

Vamos á terminar este somero estudio. La síntesis del mismo pudiera encerrarse en esta observación.

Ha sido una gran fortuna para el cohetero el haber nacido después de inventada la pólvora, pues él no sería seguramente capaz de inventarla.

Jesús Muruaiz.

VENTURIELA.

Astroso y mal parado como Cardenio iba aquel hombre que, delante de mí, caminaba al paso castellano de su caballo peludo y enteco, del cual podía decirse lo que del caballo de Golela, que *tantum pelis et osa fuit*. Nada más extraño que su rota vestimenta. Traía gaban largo raído y desfilachado, cuyo forro salía á luz por diversas roturas del paño; pantalón comido por los tobillos, y unas chinelas viejas en los pies, con los que espoleaba ansiosamente a la cabalgadura. ¡Inútil espoleo! El venerable cuartago no dejaba su paso sino para tomar un trocillo saltón, aún más lento que la andadura. Era un conjunto pintoresco el que ofrecían aquel gisete deseoso de correr y aquel caballo deseoso de dar con sus huesos en la fosa, anhelado descanso del cruel metalotajo de su vida. Pudiera decirse que representaban á la actividad cabalgando en la inercia.

Cuando emparejé con el desarrapado caballero, pude ver su rostro, que era profundamente simpático y lleno de atractivo. La tez morena, la barba negrísima y rizada, los ojos pardos y luminosos, el cabello muy oscuro y descuidado de peine y tijera, y no sé qué sombra de tristeza que le rodeaba, componían un semblante, si no bello, agradable, especialmente cuando miraba y hablaba (pues él me miró y me habló); y entonces adquirían poderosa animación todas las facciones, combinándose en una armonía extra-humana la dulzura de la voz con la dulzura de las pupilas.

—¿A dónde se va? me preguntó después del saludo.

—A Nidonegro, dije refrenando mi jaca.—¿Y usted?

—¡Yo! exclamó con pena, moviendo la cabeza, como quien tiene lástima de sí propio. ¡Si no lo sé!

—¡Singular viaje!

—Voy buscando cierto pueblo..... y no sé hacia dónde cae. Usted puede que lo sepa.

—¿Cómo se llama ese pueblo?

—Se llama Villasoñada.

—¡Villasañada! No le oí nombrar nunca.

—Todos me responden lo mismo. Nadie me quiere decir por dónde se irá á Villasoñada.

—¿Es esto una conspiración de la humanidad para impedir mi dicha?

Así dijo, entre suspiros y sollozos, y luego se quedó pensativo y mudo, con la cabeza hundida en el pecho y el mirar extraviado. Después alzó la noble y ceñida frente y se expresó de esta manera:

—A usted le habrán chocado mis palabras.

—Confieso que sí me han llevado de curiosidad y confusiones, respondí.

—Pues no es maravilla, que á todo el mundo le pasa lo propio. La misma ruta llevamos, y á fé que debe faltar no poco para llegar al primer pueblo en que descansen, pues en esta gran llanura que desde aquí diviso, no se columbra casa, ni choza, ni otro signo de existencia social..... Así, pues, entretendremos el aburrimiento del camino con mi historia que es interesante.

Prometió oírle con atención, y ávido de sus palabras, le supliqué comenzar; él lo hizo de esta suerte:

—Yo, señor, era estudiante de leyes, un verdadero estudiante, porque no estudiaba letra, ni iba á clase, y me curaba de Triboniano y de las *Pandectas* lo mismo que del primer cigarro que fumé. Vivía en Salamanca en una casa viejísima, medio gótica, medio árabe, ocupando un cuarto cuya ventana, de hermosa ojiva, daba á un abandonado pátio, donde crecían con abundancia paradisíaca, mil plantas olorosas, algunas higueras bravías é innumerable huerte de zarzales. Allí me pasaba yo las horas muertas, soñando con lo que faltaba en aquel hermoso retiro; en una mujer rubia ó peli negra, alta ó baja, que se llamase Luisa ó Clara; Anita ó Pilar, Lucracia ó X, dechado y cifra de la poesía viviente! Trascurrían los meses y no llegaba el esperado sér, dueño de mi alma; cuando un día llegó.....

—¿Llegó ella? le interrumpí.

—No, señor. Llegó el cartero con una carta para mí. Abrió el sobre, y eché una mirada indiferente sobre el pliego. Escribíame mi tío, hermano de mi difunta madre, suplicándome que fuese á pasar una temporada en su casa. Yo no conocía á aquel tío sino de nombre. Llamábase D. Cipriano, y era maestro de latín en Villasoñada.

—¿Ya pareció Villasoñada?

—¿Dónde está? dijo mi compañero enderezándose en la silla.

—En su cuento de usted.

—¡Ah! ¡Creía que hablaba usted del pueblo! repuso con amargo desaliento. Dudo este de aceptar aquella invitación; pero al cabo de muchas vacilaciones, y con el propósito de pasar en tal aldea no más que una semana, emprendí la caminata en una diligencia que desde Salamanca conducía á la residencia de D. Cipriano. Llegué..... No hay otro verbo con que expresar la idea de la llegada al cielo. Este misero idioma dice lo mismo: *"Llegué á gozar,"* que *"llegué á sufrir."* Llegué y conocí á mi tío. Habitaba una casa pequeña, blanca, con persianas verdes, rodeada de un grandísimo jardín en el que había más de cuatrocientos mil pájaros. Hallábase D. Cipriano en su despacho, y así que me vi alzarse de la butaca que le soportaba y vino hacia mí con los brazos abiertos. Al mismo tiempo gritó:

—¡Venturiela! Ven, que está aquí el primo Andrés.

—Sentí detrás de mí unos pasos leves, y un grito de sorpresa, que me pareció de timbre celestial. Volvíme y vi á una criatura como de diez y ocho años, alta, esbeltísima y delgada sin ser flaca. Sutil era su talle, ovalado é intensamente pálido su rostro, verdes sus ojos

como los de *Pepita Jimenez* y castaño su cabello, puesto en trenzado rodete, que abrumaba la preciosa cabecita con su peso, como una corona de hermosura y juventud.

—Aquí está tu primo, dijo mi tío presentándome á Venturiela.

—Bien venido, murmuró ella bajando los ojos.

—Señorita..... Prima..... Venturiela, exclamé yo.

—No sabía que decir. Sorprendido con la inesperada presencia de aquella divina muchacha, cuya existencia y primazgo ignoraba, no acerté á buscar fórmula de salutación, bastantes expresiva y cariñosa..... Si, señor mío, si aquella era la mujer que yo aguardaba en mi ventana ojiva de la ciudad, bien se llamase Pilar ó Lucracia, Luisa ó Clara. Así pensaba que tendría los ojos, y del mismo modo, sencillo á par que pulcro, vestí yo su gentil persona en el taller de modista de mi fantasía..... Alojérame en un cuartito en que todo era blanco; las paredes, los muebles de madera sin pintar, las ropas del lecho, las colgaduras de la ventana. El sol entraba hasta besar la almohada del lecho, y las aves del jardín venían al alfeiz de un balconcillo á robar ¡socialistas! los cañamones del cañario de Venturiela.

—Este es el cuarto de Venturiela, me dijo D. Cipriano sonriendo.

—No sé como pude contener esta respuesta: —*¡Eso ya lo sabía yo!* De quién, sino de esa celestial Venturiela puede ser este lecho, que exhala aroma de violetas, y esta estampita de la Virgen de la Concepción, que es su retrato, y este tocador tan modesto y hechicero? Pero mientras pensaba esto, dijeron mis labios:

—No consentiré en arrojar á mi prima de su cuartito. Alojérame en cualquier parte, pero no aquí. Eso sería profanar un santuario.

—Díome gracias ella con una mirada por mi galantería, y abríguense en su ebúrneo palmito las rosas del pudor..... ¡Ay! señor mío, ¡qué desgraciado soy! ¿Por qué me conserva Dios la vida después de tanta desventura? ¿Por qué no me mata, ó me dá valor para que yo mismo me mate!

—Andrés, enardecido con el relato de su historia, había saltado las riendas del caballo, el cual se aprovechaba de la libertad para mordisquear las espigas que á un lado y otro del sendero salían á insultar su hambre con sus cabecitas de oro. Caballero y brido no representaban ya á la actividad y á la inercia. Debajo de ellos hubiera podido grabar un escultor esta leyenda: *"La poesía cabalgando en el hambre."*

—No pienso molestar á usted relatándole prolijamente mis amores con Venturiela..... Porque Venturiela me amó, me amó muchísimo..... De noche era cuando nos veíamos en la sala. D. Cipriano leía cerca de su mesa á Virgilio y algún periódico. Nosotros hablabamos en la ventana, el uno junto al otro, sin tener alma para más que para mirarnos de hito en hito. Era mi novia tan seria en sus afectos, que nuestra pasión parecía algo como culto religioso, y se delataba más por el perfume de las almas que por esos actos con que el orgullo de los amantes suele revelar al mundo el hilo de oro que une sus espíritus en dulce coyunda.

Como estaba tres y cuatro horas seguidas mirándola desde tan cerca, luego, al quedarme sólo, mis ojos no podían ver nada sin verla á ella. Su imagen quedaba estereotipada en mi retina, y la reproducía por un efecto, creo que moral y físico, con todos sus detalles, con sus pestañas larguísimas, tan largas, que parecían enredarse unas en otras al mariposear ante la luz, con sus labios de tinte de amapola, con su color quebrado, con su seno poco exuberante, pero gallardísimamente colocado entre una garganta que era un fuste de columna y una cintura que parecía un tronco de olivo.

—Dos meses pasé en Villasoñada, y llegado

que fué Junio, mi tío me llamó un día á su despacho para decirme:

—¿Sé que amas á Venturiela, y sé que ella te quiere también. Esto me llena de alegría. Os casareis..... pero es preciso que concluyas tu carrera..... Estamos en Junio, el mes de los exámenes. Vete á Salamanca, examínate y vuelve á Villasoñada.

—Prometí hacerlo y lo hice. Despedíme de Venturiela al anochecer de un día nublado y caliginoso. Ella no lloró, porque en la serena región sublime de su alma no cabía la idea de que yo pudiese olvidarla, dando al traste con mis juramentos..... Llegué á Salamanca, pasé ocho días estudiando, si es estudio el devorar los libros con la inteligencia y apoderarse de sus ideas como se apodera un facineroso del dinero ajeno, haciendo acopio en una hora de lo que cien generaciones capitalizaron afanosamente; me examiné, me aprobaron y me dispuse á regresar á Villasoñada, á cuyo efecto enderecé mis pasos á la administración de la diligencia que hacia el servicio entre Salamanca y la aldea de D. Cipriano. No recordaba bien en que calle estaba, y así hube de preguntar á varios por ella. Ninguno me sabía contestar.

—Villasañada? me decían. ¡No conozco ese pueblo!

—Al principio no me extrañó que hubiese en Salamanca gente que no conociese á Villasoñada; pero cuando pregunté á doce ó catorce personas con el mismo negativo resultado, empecé á alarmarme.

—Ful á la estafeta de correos, y un viejo empleado á quien dirigí mi interrogación, me contestó mirándome de arriba abajo:

—¿Tiene usted gana de broma? ¡Villasañada! No hay tal pueblo en el mundo.

—¿Cómo que no, si he pasado yo dos meses en él?

—¿Está usted riéndose de mí? Cuarenta años llevo sirviendo en correos; he viajado por toda España, y le aseguro á usted que no hay pueblo, aldea, lugar ni caserío que no conozca, de nombre al menos. Pues bien: Villasoñada no existe.

Llenéme de congoja. Las ideas daban vueltas en mi cerebro como soles encendidos de una pirotecnia, y el rostro de Venturiela y el de D. Cipriano aparecían y desaparecían en aquel tumultuoso oleaje de mis dudas.

—Señor! ¿Qué me sucedió á mí? ¿Qué horrible y maravilloso acontecimiento era aquel? No sólo no acertaba á explicármelo, sino que ni aun sabía dar forma á mis preguntas ni á mi asombro..... Cansado de recibir respuestas, negativas y burlas, me determiné yo mismo á buscar el pueblo, y aquí me tiene usted que, nuevo Don Quijote, voy, no en busca de aventuras, sino en la de mi idolatrada Venturiela, de Venturiela que me aguarda, de la que me está reservada para esposa, de la que es para todos, menos para mí, fuente sellada y campo cerrado.

Cuando acabó su historia el caminante y se quitó el sombrero de paja que cubría su cabeza para secar el sudor que saltaba de su frente, como rezuma perlas de agua una vasija de barro, no pude menos de mirarle con puzmo y estupefacción, hasta que vino á sacarme de ella el ruido de una campana que nos saludaba anunciándonos la vecindad de un pueblo.

—Ya vamos á llegar, dijo Andrés. ¡Este tampoco es Villasoñada!

En esto llegaron á nosotros dos guardias civiles que, á buen paso, jadeantes y cubiertos de polvo, venían en dirección contraria á la nuestra. Detuvieronse al vernos, y dirigiéndose al desastrado viajero, dijo uno de ellos:

—Este es el que buscamos.

—Deténganse ustedes, añadió el otro guardia civil.

—No, repuso su compañero señalándole. Usted puede seguir su camino; éste es el que nos llevamos.

—¿A mí? preguntó con susto Andrés.

—Sí, á tí, replicó uno de los guardias.

Y sin más miramientos apeáronle del caballo y le maniataron bonitamente.

—Sepa usted, caballero, me dijo un guardia, que este desdichado es un loco que se ha escapado esta mañana del hospital de Salamanca.

Profunda tristeza me causó la desgracia de aquel pobre joven, y no queriendo ser testigo de ella por más tiempo, piqué espuelas a mi caballo y partí al trote.

Allí se quedó el sin ventura, gritando a voz en cuello:

—¡Venturiela, Venturiela! Espérame, que yo he de ir a buscarte.

José Ortega Munilla.

GALICIA PINTORESCA.

Cortegada del Raviño.

CARTA.

Sr. Director de El Eco de Galicia.

Habana, Junio 17 de 1883.

Muy Sr. mío y distinguido paisano: al tomarme la libertad de dirigirle la presente, abrigó la esperanza que en bien de nuestras valedunarias Provincias admitirá en las columnas de su semanario que tan dignamente dirige el adjunto artículo anticipándole por ello las gracias su affmo. s. s. q. s. m. b.

Veremundo Alvarez.

A pesar de lo mucho que de Galicia se ha escrito describiendo las capitales y otras poblaciones de más ó menos importancia, la casualidad ha hecho que ninguno de los periódicos se haya ocupado de un pueblo de la provincia de Orense llamado Cortegada del Raviño y en la actualidad punto de baños. No tengo la pretension de creer Sr. Director que las columnas de su semanario (Cid campeador de los intereses y honra de nuestro natal suelo) deban fijarse en todos los pueblos de las 4 provincias, tanto por la escasa importancia de la mayoría como por que desatendería lo útil por lo innecesario, pero la Villa de Cortegada á cinco leguas al Oeste de su Capital (Orense) y una de Rivadabía encierra méritos bastantes para que sea conocida.

No insistiré en detalles infructuosos demostrando su riqueza, comercio, industria, importación ni exportación, pues desgraciadamente no abundan las carreteras y en Galicia son escasas las vías férreas con que comunicarse con el resto de la Península, pero en cambio cuando ocurre alguna exportación como de maderas, reses ó cosas análogas, se hace uso del aparato areostático, invención de los señores Diputados gallegos, que siendo hijos de aquella tierra digna de mejor suerte, en los tiempos modernos no registra la historia uno que haya merecido el nombre de bueno para su madre desvalida, dejando siempre á sus pacíficos paisanos en el mayor abandono y á esto podríamos decir, y con razón, que tales madres vivirían sin tales hijos, y para no haber limosna sobran las alforjas; pero me separaba de la cuestión y vuelvo á la Villa de Cortegada.

Está enclavada en la margen izquierda del Río Miño, en un Valle que tiene de longitud y latitud tres, y una y media leguas respectivamente. Su población será de unos 500 habitantes con los del Raviño. La población está montada á la moderna, con edificios de cuatro y cinco pisos cada uno. La principal riqueza consiste en vinos conocidos con el nombre de Rívero. Sus terrenos fértiles y productivos pueden competir con los mejores, y al hablar de la Villa de Cortegada no me impulsa á ello más que un deseo, el de anunciar unos baños sulfurosos y aguas termales en la orilla del Río Miño también acondicionados y tan provechosos á la humanidad que han hecho curas casi sobre-naturales (si sobre natural se le puede llamar el devolver al pleno de la vida y la salud á personas completamente desahuciadas. La distancia que separa al pueblo de los baños es próximamente de medio kilómetro, uniendo

á ambos una espaciosa carretera cubierta de parra y árboles frutales que impiden la penetración de los rayos del sol, cuya sombra convidada á naturales y transeúntes al goce del aromático fresco sentados en bancos de sillería colocados de veinte en veinte pasos de distancia. No es una denuncia, ni son desconocidos los efectos de aquellas pródigas aguas, pero la falta de comunicación hasta la fecha ha impedido á un número considerable hacer uso de ellos. Sin embargo, desde Junio á Setiembre se vé visitado aquel pueblo por personas de lejanos lugares que vienen á disfrutar de los subsodichos baños, cuya fama tienen acreditada y bien merecida hace largo tiempo, y si esto ha sucedido hasta la fecha sin medio de transporte alguno cómodo, hoy que es un hecho que la vía férrea cruzará á Galicia dentro de poco al no haber distancias, bien puede llamarse la atención de aquel tesoro tan útil y necesario para combatir muchísimas enfermedades que aniquilan y conculcan á la humanidad.

Diré algo respecto á las costumbres en la época del veraneo que no creo haya quien por ello se disguste.

Empezaré, Sr. Director, por manifestarle que aquella carretera desde las cuatro de la tarde hasta que oscurece es una romería campestre; que á las ocho una bien organizada música del mismo pueblo dirigida por el artista (que si mal no recuerdo se llama D. M. A. Vergara) ameniza la plaza con unas cuantas piezas musicales tres veces á la semana (y sea dicho también de paso que todo no ha de ser muy feo con Gaita Gallega) un espacioso salón donde se reúnen los jóvenes, y las bellas lucen su hermosura, pasan la mayor parte de las noches disfrutando de los placeres de Tersipcore. Durante el día y como es la época en que los árboles frutales están cargados con sus racimos más exquisitos, las familias aporfa desean ir acompañadas de sus huéspedes á visitar huertas y jardines. El placer es inmenso si una rubia de largos cabellos, rubio carmin y agradable sonrisa le brinda con las mejores frutas y como medio ruborizada expresa una frase tan dulce como melodiosa: «Esta clase es muy buena.» El obsequiado y un observador imparcial dirían sin vacilar que es aquello el «nom plus ultra» de los goces y aun más, de allí al cielo y desde el cielo un anteojo para verlo. Se dirá que la pasión por mi país me domina la razón y me hace ver los pretendidos castillos encantados de D. Quijote, pero lejos de la exageración, mi torpe pluma y limitada inteligencia no aciertan ni á la aproximación de su justa apreciación tanto más cuanto que si bien soy hijo de Galicia, disto mucho de aquel Eden y como es consiguiente carezco aun de muchos datos para precisar en un todo la realidad, debiendo los escasos conocimientos que de él tengo á algunos veranos que tuve la fortuna de pasar allí, por enfermo unos y otros por el solo deseo de encontrarme al lado de aquellas jentes que tanto valen y no esquivan medio alguno con objeto de complacer al transeúnte que más bien que transeúnte le consideran de la familia; y dadas las condiciones y modo de ser de su carácter, trato y afabilidad sin rival el hacer mérito de lo que tanto vale no es más que una incompleta justicia á que son acreedores y remontarme tan alto en el párrafo anterior tenía la seguridad de no caer en el vacío de las reputaciones.

Concluyo suplicando al Sr. Director que siendo incompleta esta carta para la descripción de aquel país V. que además de los muchos conocimientos generales posee todos los particulares por insignificantes que sean, termine este cuadro á grandes rasgos como sabe hacerlo; y la sociedad como los hijos de aquella villa, le estarán sumamente agradecidos.

Veremundo Alvarez.

NOTICIAS DE GALICIA.

CORUÑA.

La suscripción iniciada para la construcción de una plaza de toros en la Coruña toma gran incremento.

A la salida del correo había ya suscrita la cantidad de 1.925 pesetas.

Con destino á la exposición de minería que se va á celebrar en Madrid, saldrán en breve del arsenal del Ferrol algunos efectos que con este fin se están empaquetando á toda prisa.

Continúan obteniendo gran aceptación los conciertos que vienen celebrándose en el Café Español de Santiago, bajo la dirección del distinguido profesor don José Courtier.

Los Ayuntamientos de Betanzos, Irijio y Monfero, han solicitado de la Diputación provincial de la Coruña que se varíe el trazado ya aprobado de la 2ª sección de la carretera provincial de Betanzos al confluencia de la provincia de Lugo, de manera que dicho trazado atraviese por el fértil y poblado valle de Gestoso del cual se aleja bastante la línea que se halla aprobada, y que atendida la importancia y urgencia de la expresada carretera, se refundan las dos secciones de la misma, comprendida la primera con el número 8 en el plan de las provinciales y la segunda con el número 26, en una sola sección ó carretera que figura en el referido plan con el número 8 bajo la denominación de «Betanzos al límite de la provincia de Lugo por el valle de Gestoso.»

El día 9 de Junio último celebróse en Puente sampayo una misa de requien consagrada á los bravos gallegos que en dicho punto hicieron retirar á Ney, después de dejar sobre el campo 800 cadáveres de otros tantos franceses.

Dice un colega de Santiago: «Según nuestras noticias muy pronto se publicarán los anuncios de los temas y premios que otorgará la Sociedad Económica con motivo de su primer Centenario que celebrará en Julio de 1884. Habrá premios en metálico, accessit y menciones honoríficas á los autores de las mejores Memorias que se presenten relativas á asuntos industriales con referencia á Galicia; premios á los autores de industrias nuevas, á los que roturen terrenos destinados á cultivo permanente, á los que tengan mayores plantaciones de arbolado, y á los ayuntamientos que sostengan mayor número de escuelas públicas. Espérase además realizar una brillante exposición agrícola-práctica que será de fecundos resultados para el país y celebrar un solemne acto fúnebre, procesión cívica y otras solemnidades, que aumentarán sin duda el esplendor de las fiestas del Apóstol en 1884.

Las sociedades de recreo de Ferrol han dirigido entusiastas cartas de agradecimiento á los señores diputados y senadores que componen la junta encargada de activar la subasta del ferro-carril á Betanzos, excitándoles para que perseveren en su propósito, á fin de que sea un hecho en breve plazo la construcción de la expresada vía férrea.

LUGO.

En la parroquia de Villansor, próxima á Mondoñedo, se está reedificando de nueva planta la fachada de la iglesia, que desde hace años amenazaba ruina.

A LA HERMOSA NIÑA Rosario Caneda y Fernandez.

Quando á mi tierra vuelto,
Pasé, tras larga ausencia,
Cogidos de la mano
Mis enfermizos hijos por tu puerta:
Tú, al balcón asomada,
Sacando la cabeza,
Rubia como una espiga,
A través de la verde enredadera,
«Bien venido, dijiste:
A su patria el poeta.»

Levante al escucharte
Mi frente de tinieblas,
Y he recordado al vorto
De aquel cuadro alemán aquella escena
En que cual tú, una niña,
Asomada á la reja,
Ofrece una corona
Tejada de laurel y madreselva,
A un soldado que torna
Inútil de la guerra.

Yo, como aquel soldado,
Luché con mala estrella,
Y llegaba á mis lares
Desangrado también, también sin fuerzas.
Ayl! pero su derrota
Quizá no lo avergüenza,
Y yo dejé en el campo,
De los tiranos enemigos presa,
Mi ejército, los párricos,
La libertad, mi enseña.

Profunda era la noche,
La confianza ciega;
Todos dormían... ménos
La traición que medita la sorpresa.
Quando de pronto vimos
Ferozes, carniceros,
Venir sobre nosotros
Las insurreccionadas turbas ébrias,
¿Por qué despedazados
No hemos muerto en la brecha?

Todos huyeron, todos
Como espantadas ciervas,
Y no quiso ninguno
El horror aceptar de la hora extrema.
Y el que nunca á su patria
Sobrevivir debiera.
Alma sin ideales,
De libertad y de esperanza huérfana,
Mendiga de un espectro
La inútil existencia.

Rubia, de la del cuadro
Azul reminiscencia,
El soldado vencido
Posible es que á luchar otra vez vuelva.
Si entonces victorioso
No pasa por tu puerta,
Niégale tu saludo,
No coronas su sien maldita y pérfida:
¡Los que al progreso marchan
Triunfan ó no regresan!

M. Carros Enriquez.

Tierra por tierra,
A tierra á la Ullúa.

Andiven n'o mundo
De bajo pr' arribas;
Corrin as provincias
D'a nosa Galicia;
Botei uns seis anos
Alá por Castilla
E digo e direi,
Direi sin mentira,
Terraña por terra,
A terra d'a Ullúa.

Aquí mostra o trigo
Graúdas espigas;

Dicen de Congo:

En las ferias del distrito y comarcas hay numerosas ventas de toda clase de ganados, manteniéndose los mismos precios, salvo algunos artículos, que en las celebradas en invierno que siempre son más concurridas.

Sigue importándose al interior de la península, á pesar del calor que deja sentirse, gran cantidad de carnes saladas, manteca y huevos. A peseta, cuarto más ó ménos se vende en los mercados la libra de jamon y tocino. Los huevos sufrieron baja, vendiéndose embalados á 14 y 16 reales el ciento. La patata escasea muchísimo y adquirió un precio tal, que no le recuerdan tan alto los más ancianos del país. Otro producto de primera é imprescindible necesidad, como es el centeno, que aquí tanto se consume, escasea también. O no lo hay ó quizás los que lo tengan, esperan el hambre para explotarlo. Si así es, se engañan, que al subsanar la falta de granos del país, vienen los extranjeros y del maíz se está haciendo un general consumo.

Nos escriben de Rivadeo manifestándonos el magnífico recibimiento y la entusiasta acogida que tuvo el orfeón Pacheco de Mondoñedo, en su viaje á aquella ciudad.

Salieron á esperarle las autoridades, el cura párroco y las sociedades de recreo; obsequiándole con una preciosa corona.

La entusiasta redacción de Las Riveras del Eo, también obsequió á dicho orfeón con un espléndido banquete. en el que se pronunciaron calurosos brindis é hicieron cordiales protestas de fraternidad entre ambos pueblos.

ORENSE.

Don José Rodríguez y Hermanos de Caca-belos, presentó en la exposición de minería muestras de oro nativo en pepitas y bolitas del río Sil y sus afluyentes, y una cadena de reloj formada de pepitas de oro verdaderamente notable.

En la línea de Orense á Monforte se ha verificado ya el replanteo de los cuatro kilómetros que faltan por terminar y muy en breve se dará principio á los trabajos.

La sección coral organizada en la «Tertulia de la Juventud Orensana», tomará probablemente parte en el certamen que ha de celebrarse en Vigo para el mes de Agosto.

Dice El Eco de Orense: «Si en su próxima excursión á las provincias gallegas el Sr. Castelar realiza el pensamiento que se le atribuye de visitar la capital de Orense, todos los partidos liberales, por exponiéndose iniciativa y separadamente de toda significación política, piensan prepararle un entusiasta recibimiento, como tributo de admiración rendido al eminente orador, gloria de la tribuna española.»

Dice La Correspondencia que el gobierno procurará que las obras del ferrocarril de Orense á Monforte terminen en breve plazo, para que la línea enlace con la general de Palencia á la Coruña.

Sabido es que la línea general de Galicia estará terminada, y en explotación durante el mes de Agosto.

PONTEVEDRA.

Dicen de Vigo que, salvadas las dificultades que se oponían al establecimiento del observatorio meteorológico, muy luego se llevará á cabo la instalación de los aparatos que constituirán esa mejora, debida á la generosidad del ex-ministro republicano Sr. Chao.

La Concordia de Vigo aboga por la creación en aquella ciudad de una escuela de artes y ofi-

cios que sirviera de complemento á las bien organizadas que cuenta de primera enseñanza.

El maestro—dice nuestro colega—es la mano bienhechora que sale en auxilio de los padres que no tienen medios pecuniarios con que atender á la instrucción de sus pobres hijos; pero llega un tiempo en que tienen que salir de la escuela para olvidarlo todo quizás, cosa que no sucedería si después de aprender lo que se enseña en una escuela de primeras letras, siguiese estudiando un oficio que le diera en la sociedad el lugar que dispensa al honrado hijo del trabajo.

Conformes.

Continúa muy animada la exportación por el puerto de Vigo de buques embarcados para Inglaterra.

El día de Corpus se estrenó en Cambados una charanga organizada en aquel pueblo por el maestro de escuela, secundado por el alcalde y secretario del ayuntamiento.

La corporación municipal de Vigo se propone llevar á cabo la construcción de una plaza de abastos, y tiene también el pensamiento de iniciar la edificación de las escuelas del Arsenal, que puede hallarse terminada en año y medio, á la vez que no se descuida en lo que atañe á la reforma del alumbrado público.

Entre los proyectos que piensa realizar la sociedad de juegos florales de Pontevedra, á fin de dar importancia á las fiestas que se celebren en honor de la Peregrina, figuran un congreso gallego, velada literaria y gira por el Lérez.

A estos actos parece será invitado el señor Castelar.

Por cuenta del señor D. Francisco Martínez Villoch, se está construyendo en Vigo una barrida de unas veinte casas, y el señor D. Augusto Bárcena ha pedido autorización á aquel ayuntamiento para levantar tres edificios de alquileres módicos, pero dotados de las indispensables comodidades para la vida y la higiene.

Dícese que se piensa habilitar en Vigo un vaporcito destinado á viajes de recreo, haciendo excursiones á los puntos más pintorescos de una y otra orilla de la ría.

Si el proyecto se realiza, se montará un bien servido «restaurant» en un punto conveniente de la costa, lo cual hará doble gratas las excursiones por mar.

El alcalde de Vigo recibió un telegrama del ministro de la Gobernación, en el cual se participa haber accedido el Gobierno á la súplica dirigida por el ayuntamiento de aquella ciudad con objeto de que se concediese autorización para trasladar los restos del esclarecido almirante D. Castro Mendez Nuñez á la colegiata, donde han de celebrarse solemnes honras fúnebres antes de ser conducidos al panteón de marinos ilustres.

Nuestro colega La Concordia, á la vez que solicita que la función religiosa revista toda la pompa correspondiente al cariño que se debe á la memoria de tan esclarecido militar y patriota, propone también que se levante en el paseo de Vigo una estatua que diga al curioso viajero que Mendez Nuñez fué hijo de Vigo, y que muerto, le pertenece su imperecedero recuerdo.

Eso es lo que corresponde, ya que no haya sido posible conservar las cenizas del héroe en el lugar donde ha visto la luz primera.

Que esto sería siempre lo más grato á cuantos se precian de buenos gallegos.

Aquí as centéas
Parecen caídas,
O millo, patacas
E herbellas, se pintan,
Mantén ó labrego
E dan pra a familia.
Terriña por terra,
A terra d'a Ullaña.

Aquí sobran zréixas;
Aquí medran guindas,
Fresniñas, pejégos
E doces pavías;
A pera, a mazan,
A cláudia, a sandía,
Laranjas, limons,
E cidros e limas.
Terriña por terra,
A terra d'a Ullaña.

Carólós, castañas
Aquí hai e viñas,
Qu' á non se-lo oídio
Co-as uvas partiran;
Maia, jofre levando,
Son poucas ainda
As que, malo, ou bó,
Viñiño non rindan.
Terriña por terra,
A terra d'a Ullaña.

Aquí n'as gargantas,
Qu' os montes limitan,
Marmulan regueiros
Que véu d'as fontañas.
E fontes e arroyos
Con auga nos brindan
Sabrosas, abundante,
Moi fresca e moi limpa.
Terriña por terra,
A terra d'a Ullaña.

Hai lébres, coenllos,
Perdices d'a libra,
Tamen paspalláes,
Tamen arceñías.
E péscans' escalos,
Zamborcas, anguías,
Salmons, anduriños
E troitas grandísimas.
Terriña por terra,
A terra d'a Ullaña.

Hai fábricas, pazos,
Castélos, cen Quintas
Qu' os ricos disfrutan,
Os pobres n' envidian.
E templos famosos,
Sonadas ermitas,
Ond' os devotiños
Chorrear pra Misas.
Terriña por terra,
A terra d'a Ullaña.

El lógo ¡qué coita,
Qu' enlaido, non tira
O río ondeando
Despacio, ou á prisa,
Por entre campósas
De varias roscas,
Arbríños e féntos
Qu' o home utiliza!
Terriña por terra,
A terra d'a Ullaña.

¡Qué gusto, qué gozo,
De mayo n' os días,
Oí-l-os concéitos,
As voces distintas,
D'as aves qu' alí
Namoran e chilan,
A Dios bendecindo,
Sotencia infinital
Terriña por terra,
A terra d'a Ullaña.

Alí, si, que cantan
Rapazas gurradas
Aquel alalá
Qu' ós mozos feizita.
Cantaban, qu' agora,
Co-as modas malditas,
I' apenas s' escoita,
I' apenas s' estila.
Terriña por terra,
A terra d'a Ullaña.

¡Qué vivo placer,
Qué grata delicia,
N' as tardes de vran,
De sol qu' eschamiza,
A sombra deitarse
Alí sin fatica,
Ou ler d'algún libro
Honesta doutrina!
Terriña por terra,
A terra d'a Ullaña.

Pró non hai partidas,
Non hai bandeirías,
Non callan as guerras,
Non colan intrigas;
Qu' aquí é a gente
Honrada, cabida,
Atenta ó traballo
E nunca baldía
Terriña por terra,
A terra d'a Ullaña.

Marcial Valladares.

VARIEDADES.

El señor don Pedro R. Regalado, Secretario de la *Sociedad de Beneficencia de Galicia*, y uno de los gallegos más distinguidos é ilustrados residentes en esta ciudad, ha sido nombrado Cajero del Banco Español.

El cargo no puede ser de más importancia y él dá la medida de lo mucho que vale nuestro distinguido amigo el señor Regalado, tanto por sus dotes de ilustración como por sus cualidades de honradez.

El Banco Español es el primer establecimiento de crédito de la Isla de Cuba: un puesto en ese Banco significa una conducta acrisolada y una inteligencia clara y perspicaz: el que ha sido confiado al señor Regalado es de los más importantes: de él dependerá en lo futuro la suerte de ese establecimiento.

Puede envanecerse justamente el señor Regalado, que cargos de esa índole, que no nacen del favor gubernamental, sino de la expresión sincera de la voluntad de hombres independientes y honrados, son los únicos con que deden recompensarse la virtud y el trabajo, cualidades ámbas que adornan al señor Regalado.

Reciba nuestra más cordial felicitación, que no puede ser indiferente El Eco de Galicia á los triunfos que los laboriosos hijos de nuestra tierra conquistan, en cualesquiera ramo del saber humano.

El señor don José Novo y García ha obtenido el grado de Doctor en Derecho Administrativo, primero concedido en esta Universidad.

El señor Novo y García es un escritor de mérito y un Abogado inteligentísimo, al cual esperan honores y glorias.

El señor Novo y García, hijo del Ferrol y hermano del distinguido poeta, nuestro amigo Victorino Novo, que ahora está publicando la *Historia del Ferrol*, ha escrito un hermoso trabajo sobre el heresiarca gallego Prisciliano, que publicáramos gustosos en El Eco, si su autor tuviera la bondad de facilitárnoslo.

Por todo, damos nuestro parabien á tan ilustrado gallego.

Dos son los artículos que á última hora hemos recibido, los cuales tratan de los medios oportunos para combatir la emigración en Galicia, firmados por *Un Labrador* y por *D. Antonio Fernandez Pineyro*.

En el próximo número los insertaremos, deseando que esos trabajos sirvan de estímulo á los demás comprovincianos nuestros que deseen decir algo acerca de esa enfermedad que mina la existencia de nuestras provincias.

En la sección correspondiente, publiquense tres anuncios de otras tantas obras interesantes por todo extremo:

La Ilustración Gallega y Asturiana, en cuatro tomos, encuadrados.

Las Follas Novas, notable colección de poesías de Rosalía Castro de Murguía, con un prólogo del señor Castelar.

Y los Aires d'a miña terra, de Curros Enríquez.

Excusamos encarecer la importancia de estos libros: su mérito es superior á todo estímulo, y su adquisición por parte de los gallegos es casi un deber.

El señor Chao, en su acreditada librería *La Propaganda Literaria*, (O'Reilly 54), facilitará esas obras á cuantos quieran comprarlas.

De *Follas Novas*, piensa ocuparse muy en breve el señor Insua, Director de El Eco de Galicia.

¡El Fénix!

Hé aquí un nombre mágico, que al ser pronunciado, hace estremecer el corazón.

¿No conocéis el Fénix?

¿No sabéis lo que es el Fénix?

¿Ignorais en dónde está el Fénix?

El Fénix es un gran establecimiento de joyería, el primero de la isla, el que importa directamente de París y Nueva-York, el que lleva toda la juventud elegante á admirar sus fantásticas prendas.

Daos una vuelta por la calle de Compostela, y entre Obrapia y Obispo, vereis una especie de templo griego, ante el cual palidece el sol algunas veces y entrad: os encontrareis en el Fénix.

Quien desee sortijas, aretes, pulsos, bastones, relojes; cuanto, en fin, puede apetecer el más exigente, vaya al Fénix y casi de valde lo obtendrá.

La última reunión familiar celebrada en el *Centro Gallego* estuvo muy concurrida y animada.

Siempre que este simpático instituto, uno de los que más honran á Galicia en América, invita á sus asociados á una fiesta, venase sus salones atestados, prueba elocuente de las numerosas simpatías con que cuenta.

Reciban nuestra enhorabuena los Sres. de la Junta Directiva, que tanto se desvelan por el crecimiento del *Centro* y muy especialmente el Sr. Ruibal, que no repara en sacrificios tratándose de tan útil sociedad.

El Sr. D. Pedro Pin, uno de los militares que durante la insurrección se ha distinguido más, y que en Mayarí espuso heroicamente su vida, ha sido nombrado Gobernador Militar de Ciudad Real.

Felicitamos al Brigadier Pin por su nuevo cargo, al cual es sin disputa acreedor, así por sus méritos como uno de los mejores jefes de nuestro ejército, como por sus prendas personales que le hacen querido de todas las gentes.

Los hijos de Galicia, que como el Sr. Pin, saben colocar en tan elevado puesto sus nombres, merecen consideración y respeto, de todos los que en aquellas tierras hemos nacido.